

Tierra y Libertad



ADMINISTRACION: UNION, 19, 1.º, 2.º - BARCELONA
Papeles y suscripciones: LEGAL Y AMERICANA
Complares: 2,75 ptas.
No se sirven suscripciones al mes ni pagan por adelantado

ESTAMPA

La tragedia de nuestro tiempo

De espectáculo impresionante calificó un economista burgués a la intervención de la juventud en la Conferencia Internacional del Trabajo celebrada recientemente en Ginebra. Espectáculo impresionante, que equivale a un desesperado grito lanzado por millones y millones de hombres que en la plenitud exuberante de sus energías viven destinados a forzosa inactividad.

He ahí la gran tragedia de nuestro tiempo: la juventud sin trabajo y sin porvenir.

Y he ahí otra tragedia mayor: el conformismo de esa juventud ante su propia tragedia.

Diecisiete, veinte, veinticinco años, y una vida estéril por delante. Es la perspectiva negra de alegría propia de muchedumbres juveniles sobre las que pesa un estigma aterrador. Centenares de miles de jóvenes salen todos los años de las Universidades, de las Escuelas Especiales, de los Institutos, y sin haber trabajado jamás se precatan de que no tienen dónde trabajar, ni saben cuántos años habrán de transcurrir hasta lograr el codiciado tesoro de una ocupación.

Y los desventurados no se desesperan. Son esclavos de la ilusión. La acumulación de alegría propia de sus años les tiñe el cristal por el que miran cómo la vida pasa. Y se lo tiñe de color de rosa, que es el color de los ensueños...

Y cuando comienzan a advertir su dolorosa situación, cuando se dan cuenta del papel que les tocará desempeñar más adelante en la comedia del vivir, acuden mendigando las migajas de un apoyo mísero de lo apulones oficiales que cultivan el deporte del charlatanismo estéril.

La Conferencia Internacional del Trabajo estaba conmovida, y muchos rostros curtidors sintieron correr las lágrimas, escribe el cronista burgués atacado de sentimentalismo pasajero. Pero se declaró impotente para resolver el magno problema. La tragedia seguirá viva — prosigue diciendo aquél — y habrá que consolar y dar esperanzas a los jóvenes.

«La tragedia seguirá viva...»; amarga y sincera confesión.

Seguirá viva hasta que el león del deporte no tenga a la juventud en permanente borrachera de deporte exagerado y enervador, y la abominable pasividad presente se convierta en vendaval furioso.

He ahí la gran labor a realizar por nuestras juventudes anarquistas: despartar a los dormidos en el alero de la ilusión y hacer reaccionar a los embriagados de inconsciencia deportiva, a los abotados, a los indolentes. Inspirarles una actitud digna y viril, inyectarles fe en un ideal racional, contagiarles nuestras ideas, nuestras inquietudes y nuestros anhelos, convertirlos en partidarios fervorosos de la revolución.

Jóvenes sobre los que pesa la maldición del paro: ... Las Conferencias Internacionales como las nacionales no son más que farsa y sainete del que viven unos cientos de comediantes. No recurráis a ellas jamás; todo el apoyo que os prestan son esperanzas y consejos. Y con las esperanzas no se come, ni con los consejos se calman los agujonazos inflexibles del estómago.

El puesto en la vida a que tienes derecho, joven «sin-trabajo», no lo obtendrás nunca sin antes triunfar en la magna empresa colectiva, junto a los que luchamos por una transformación radical del vivir. Tu puesto está a nuestro lado...

La conquista del porvenir es una conquista del presente cotidiano

Por contraste con las aspiraciones de los partidos políticos obreros y de las corrientes reformistas, que no se preocupan de fondo más que de integrar en el aparato político vigente del Estado o de la economía, nosotros solemos hablar por hábito adquirido de la conquista del porvenir. Es cuestión de palabras; nosotros queremos conquistar el presente y es a eso a lo que tienden nuestros esfuerzos. Lo que hacen los socialistas legalitarios y los reformistas de toda clase, cuando se poseen los Estados, por un golpe de audacia o por las urnas electorales, es adaptarse al orden de cosas establecido, dejarse conquistar por él; ellos no conquistan el presente ni el porvenir; se adaptan al presente e hipotecan el futuro a los imperativos de su acomodo y de su estómago.

Nosotros no queremos eso; queremos instaurar un medio social de convivencia en donde la ley de la libertad y de la justicia se impondrá a los hombres tanto por el reconocimiento tácito de sus ventajas como porque interpretará el interés bien entendido de la sociedad entera; queremos un medio social en donde el parasitismo económico y el político, con sus respectivas instituciones, tendrá el fin que merece; queremos un ambiente sin privilegios de nacimiento, de riqueza o de falta de escrúpulos, y eso no para un mañana lejano, sino de inmediato, para la vida presente, para hoy mismo.

Cierta gente, por una curiosa interferencia mental, con el pretexto de que la sociedad ideal de nuestros anhelos no se realizará plenamente sino en un mañana distante, con la escapatória de que vamos a la conquista del poder eluden la labor sostenida e intensa en el presente, pensando quizá que no vale la pena gastarse ahora. La pereza y el apego a la comodidad nos proporcionan argumentos justificativos de la inacción, y dejamos para mañana lo que podemos y debemos hacer hoy.

Sería pues preferible insistir menos en la conquista del porvenir y centrar hasta las formas de expresión, las frases usuales, en la conquista del presente co-

tidiano. Para los que interpretan literalmente palabras que tienen una significación figurada, es poco sugestivo eso de trabajar, de luchar y de sacrificarse sólo por un mañana que no han de ver; eso puede hacerlo y lo hace una minoría idealista que tiene desinterés completo y comprende que la transformación de un mundo no es obra de magia ni de breve tiempo. Pero incluso esa minoría llega a tornar al pie de la letra lo que traduce todo su altruismo y su desinterés y desprecia exageradamente el momento que pasa y el minuto que llega.

Y es que confunde la conquista del presente con la adaptación al orden de cosas actual.

Sobre la independencia de Filipinas

El escritor americano Jerome Barry ha publicado un documentado y concienzudo estudio sobre la independencia concedida es-



Un jefe

tos días por el Gobierno de Washington a las islas Filipinas.

Al respecto el señor Barry describe en líneas generales el estado de ánimo del pueblo filipino, afirmando en sus conclusiones que advirtió en el alma de ese pueblo un profundo amor a la libertad.

Dice que la raza malaya está mezclada en su casi mayoría con sangre española y en parte también con la raza china.

Afirma que el pueblo filipino fué siempre gobernado, desde los tiempos de la colonia española hasta el presente, por varios tipos de gobierno, pero siempre del más duro despotismo.

Menciona algunos actos de barbarie llevados a cabo en 1931 por los mercenarios de la guardia de constabulaciones...

El escritor americano insinúa en su documentado artículo que el movimiento de los «skaldistas» de Filipinas fué ferozmente reprimido a sangre y fuego por los constabuladores.

Menciona el total desacuerdo reinante entre el pueblo y los políticos por falta de contacto de los últimos con el primero.

Mr. Barry se refiere al control que ejerce el gobernador general de los Estados Unidos, siendo en última instancia el árbitro y consejero de todo.

Dice que los Estados Unidos dieron a las Filipinas, a última

hora, un empréstito de treinta millones de dólares, con los cuales se especula sobre los Bancos, las minas y los ferrocarriles, sirviendo tales millones como una verdadera inyección a los políticos de Filipinas.

Describe en uno de los apartados de su estudio, la miseria existente en la isla, así como la desigualdad entre el productor y el consumidor. Presenta al caudillo embaucando, al rico exhibiéndose, al jefe mostrando su signo de mando y al pobre campesino luciendo su indumentaria de hambre, los zapatos que heredó al nacer, acompañado del carabao doméstico que le sirve de tractor en sus labores.

No se le escapa tampoco a Mr. Barry el interés de los banqueros de New York en mantener el control represivo sobre las Filipinas, como se está haciendo en otras Repúblicas, controladas y dirigidas por representantes de Washington, como se está haciendo en la hora presente en Cuba, Puerto Rico y otras desdi-



Carabao y Tao

chadas Repúblicas de Centro y Sur de América.

Los Estados Unidos dan a Filipinas diez años de semiindependencia, que, como dicen los políticos, es un plazo para que se civilicen, pero esos años, seguramente, los Estados Unidos impondrán más sólidamente en las islas su hegemonía imperialista, como hicieron en todas sus colonias.

R. LONE

Stuebenville, Ohio.

Convicción en las ideas y fe en la lucha

Los que guiados por esas verdaderas entusiasmas todo lo creyeron hecho en los momentos de calma y normalidad, fueron los primeros en claudicar en las horas más difíciles y oportunas en que la colaboración era ineludible y necesaria.

Si el entusiasmo y la voluntad no emanan de las convicciones, éstas pronto tienden a desaparecer en cualquier instante en que las ilusiones tropiezan con la realidad.

Todo idealista, para ser viril e inquebrantable, ha de ser producto del estudio positivo de las cosas, de las meditaciones basadas en un libre examen, de las reflexiones analíticas que enjuician concretamente las realidades.

Por eso es muy frecuente en aquellos que, no llegando a conocer las ideas, ni menos aproximarse a los hechos accesibles, las quiebra ante el más mínimo e insignificante contraste que no han concebido.

Insistimos en lo que ya tantas veces se ha dicho: «Estudiem las causas para conocer los efectos».

No hay lección que pueda instruir y enseñar tanto al hombre como una equivocación sufrida. Si después de tantos errores no estudiamos las causas en que éstos se originan, ¿por qué lamentamos cuando los efectos ya han sido producidos?

Estudiem a fondo las causas de nuestros errores — puesto que

no somos infalibles — y veremos cómo en los sucesivos serán más favorables los resultados.

Las experiencias vividas nos señalan una nueva pauta a seguir; pero a ella también va coligada la metamorfosis del pensamiento y el estudio que es el complemento del movimiento transformador.

Concreción, claman las ideas; fe, exige la lucha; valor y serenidad para llevar a cabo la batalla es lo que se precisa.

Hay que sentir, para pensar; hay que pensar para accionar, y hay que accionar, porque todo cuanto se mueve y se metamorfosea en el mundo es producto de la acción.

SEVA



Precio, 3 ptas. — 350 páginas

POLEMICA FRATERNAL

Los obreros intelectuales en la sociedad futura

Con este título ha publicado Isaac Puente un trabajo superior. Suele este camorrista meditar lo que escribe y, al propio tiempo, huir de la excesiva ganancia literaria, que resulta empalagosa muchas veces.

Pero en este caso, si bien ha practicado lo segundo, se ha olvidado de lo primero. Y si no se ha olvidado, es que ha encarrilado el raciocinio por un sendero erróneo a todas luces.

Una aclaración antes de nada: No obedezca este artículo a esa especie de vapuleo desconsiderado que algunos con cierta frecuencia suelen dedicar — inmerecidamente, a juicio mío — al médico de Maestu. El vapuleo ha llegado hasta atribuirle lo de las milicias libertarias, disparate superlativo que no se puede achacar a ningún anarquista, si no es con deseo de desacreditarle. Aunque no me sorprenden ni la ligereza en el proceder ni el ansia de desprestigiar al compañero — y no me refiero ahora a este caso —, porque ha visto y oído uno tantas cosas...

Los obreros intelectuales en la sociedad futura habrán de vivir equiparados en deberes y derechos a los demás productores. El trabajo intelectual socialmente útil, se hallará en análogas condiciones al trabajo muscular o manual socialmente útil también. Trabajo intelectual socialmente útil o indispensable es, según Puente, el del médico, el del arquitecto, el del ingeniero, el del técnico industrial y el del maestro o profesor. La literatura, la música, la pintura, el periodismo, el teatro, como no son trabajos indispensables a la vida colectiva, no deben ser equiparados con la producción necesaria, ni el profesional de cada una de estas ramas podrá tomar parte en las Asambleas colectivas como un productor más.

He ahí la médula del artículo de Puente.

Si esta opinión atañese tan sólo al futuro, no me ocuparía en refutarla. Lo hago porque guarda estrecha relación con el presente, que para mí es objeto de tanta preocupación como el mañana.

Hace siete siglos la literatura, la música y el teatro no constituían necesidad alguna en la vida de los pueblos. (Del periodismo, ni hablar, porque no existía.) Pero en siete siglos ha llorado mucho. La evolución de la sociedad ha originado necesidades nuevas. Entonces, saber leer era un privilegio raro, rarísimo. (Y aun hoy tenemos lugares donde sólo saben leer y escribir el cura y el secretario del Ayuntamiento.) Esa voluntad ha desparecido una verdadera y formidable sed de instrucción, un hambre de leer enorme.

Nuestros antecesores sentían horror por la lectura; les estorbaba lo negro a todos. Preguntad hoy en las librerías, y os dirán que — a pesar de la crisis de trabajo, que es crisis de capacidad adquisitiva — en sólo cinco años se han vendido millones y millones de volúmenes de literatura social.

Para escribir libros que merezcan la pena hay que estudiar, hay que buscar datos, revolver archivos, consultar bibliotecas, viajar, etc. Y esto no puede hacerse a ratos perdidos. Porque el tiempo es un dictador implacable y las facultades del individuo están sometidas a contingencias temperamentales, anímicas, de carácter, y a otras circunstancias de lugar y de modo. Mas Nettlau ha realizado una labor utilísima: entregado a ella de lleno no ha hecho en su vida, quizá, otra cosa que leer y escribir. Se trata de un hombre especializado en una rama literaria — intelectual — como es la Historia. ¿Puede decir alguien que su trabajo no es socialmente útil?

El novelista que sabe colocar su obra a un alto nivel educativo, instructor y enriquecedor, merece el mismo trato.

El teatro es un elemento valioso, que instruye y deleita, dos cosas a las que el trabajador tiene perfecto derecho. Pero tampoco se puede hacer a ratos perdidos. En nuestro movimiento hay infinidad de Cuadros Artísticos; son aficionados que en horas de ocio se dedican a hacer comedias. Su labor está bien de puertas adentro; no la hacen para deslumbrar al mundo con su arte, sino para divertirse un rato. Y nadie puede meterse con ellos, porque no es su profesión el teatro, sino su diversión, y cada cual se divierte como mejor le place.

El teatro requiere preparación, aprendizaje, estudio. En el actor que cautiva al público no es intuición todo. La intuición se da en todos los artistas, pero no sola, sino acompañada de otras cualidades que se adquieren con la práctica perseverante y el estudio consciente.

Y ¿qué dirá del periodismo? El periódico es hoy día una necesidad indispensable en la vida colectiva y lo será mañana. Si el mundo guarda alguna relación entre sí, es por él. Si la sociedad vive lejos del aislamiento y sostiene un contacto mental, artístico, moral, ideológico, es por él. Si el hombre sabe rápidamente lo que ocurre en el globo, es por él. El periódico es algo de valor inmenso. Hace y deshace la opinión, lleva a todos los rincones del planeta las ideas emancipadoras creando un anhelo de transformación social. Es el punto de apoyo y la palanca que buscaba Arquímedes para mover el mundo.

Y el periódico, querido Puente, no puede hacerse a ratos perdidos. Esa peregrina teoría de los ratos perdidos estuvo muy en boga entre los compañeros anarquistas de la C. N. T. Consideraban al periódico como un entretenimiento que podía efectuarse en horas de ociosidad, y así les lució el pelo a los periódicos confederales. La experiencia les demostró que pisaban en falso. Los que sostuvieron aquella idea, fueron por obra del azar a engrosar alguna Redacción, y no se atrevieron a llevar a la práctica sus propagandas con el ejemplo personal.

El periódico exige mucho más esfuerzo del que algunos camorristas se imaginan. Exige esfuerzo, tiempo, preparación, estudio, dinamidad, agilidad mental y física. Claro que si se toma como base de discusión a nuestros periódicos, algunos se reirán de lo que digo aquí. Pero hay que tener presente que estos son periódicos nada más que porque aparecen cada período de veinticuatro horas. Por otra cosa, no. Nuestros periódicos viven de espaldas al arte periodístico. Son simplemente unos boletines diarios plagados de artículos que se publicaron hace cincuenta años y que podrían ser reproducidos dentro de sesenta. No hacen otra cosa que cultivar el doctrinariano empírico — rutinario —, teórico, como si los hechos que se suceden a cada momento no se prestasen a obtener conclusiones doctrinales sin «doctrinariano». Pero no cultivan lo esencial en ellos: el periodismo.

Se puede trabajar en una fábrica y escribir en cualquier rato libre un artículo. Esto lo hacemos infinidad de camaradas por pura afición. Pero no se puede trabajar en una fábrica y dedicarse a la publicación de un diario. No porque un trabajo sea menos aristocrático que el otro, que de eso se rie cualquiera que conserve un adamo menos aristocrático que el otro, que de eso se rie cualquiera que conserve un adamo de juicio, sino porque el esfuerzo humano y el tiempo tienen un límite prudencial. El periodista que se da de lleno a su afán, que vive y siente el periódico con fervor, realiza, camarada Puente, un trabajo de gran desgaste físico, muchas veces agotador, aunque a algunos les parezca mentira; lo sé por experiencia. No tiene tiempo para nada, ni aun para leer, necesidad de más imprescindible satisfacción en él que en nadie. Ahora, el que en lugar de ir a trabajar va a un periódico exclusivamente a vivir, toma el diario por una pesadilla y tiene tiempo hasta para pasarse media vida jugando al parchís, porque no sabe hacer nada ni quiere aprender.

Hay que acabar con ese desprecio tradicional hacia las profesiones mal llamadas intelectuales. La sociedad ha tachado de bastardo el trabajo muscular, al par que aureolaba de aristocratismo al intelectual. Pero nosotros hemos caído en el vicio opuesto. «¡Es un intelectual...!», se dice con cierto retintín cuando se quiere dejar caer una tonelada de menosprecio sobre algún camarada estudioso. «¡Es un intelectual!», o lo que es lo mismo, un inútil. No, señor; no es por ahí. Ese menosprecio es una demostración de lo que yo llamo analfabetismo mental. Sólo pueden emplearlo los enemigos de descubrir. Un movimiento como el nuestro precisa de todos, la colaboración más estrecha de todos los valores. Y el sinte-

lectual que pone al servicio de la causa lo que vale, sus conocimientos científicos, técnicos o literarios, es igual al que pone otra cosa. La Enciclopedia ha hecho por la revolución más que muchos demagogos y truculentos que tenían atrofiada la masa gris.

Y no hago esta defensa del «intelectual» porque me vea yo incluido entre los que llevan — porque se la han puesto otros — esa etiqueta, pues, al fin y al cabo, pudiendo vivir perfectamente del intelectuismo, me he hecho obrero manual, y hoy trabajo en un oficio ajeno a la literatura, sino porque es de estricta justicia defender a toda víctima y obligación ineludible combatir todos los errores. Y ya hablaremos de lo último otro día.

He sido algo latoso, querido Puente. Mas dese por bien empleada la lata, si he logrado demostrar, a ti y a los muchos que en esto piensan como tú, que el periodismo es un arte, una profesión eminentemente vocacional que requiere las condiciones exigidas por un trabajo, no frívolo, sino serio y respetable. Y que los literatos, artistas de la escena, del cine, de la música, del periódico, los que en el verdad lo sean, habrán de merecer en la sociedad futura el mismo trato que el artista de la técnica, de la enseñanza, de la arquitectura, de la medicina y el artista del esfuerzo muscular. Cada uno contribuye al embellecimiento de la vida con su trabajo. Y embellecer la vida es una labor socialmente útil. ¡E indispensable!

TORVINO